

Domingo XIV – El yugo liviano de la humildad

La Palabra de Dios de este domingo se centra en el tema de la humildad. En nuestra cultura, la humildad se suele identificar con la modestia, no creerse más que los demás, tener una idea justa del propio valor y las propias capacidades. Pero, en la Biblia, la humildad es algo más profundo: la sumisión de la propia voluntad a la voluntad de Dios. Esto nos permite entender la primera lectura, la profecía de Zacarías, que anuncia al rey humilde, que llega a Jerusalén montado en un borrico. No se trata de un rey modesto, sino de alguien que se pone con todo su ser al servicio del proyecto de Dios. Jesús será quien cumpla esta profecía, como recordamos cada Domingo de Ramos. Pero este texto también tiene un significado personal: la humildad es la virtud central de todo creyente, que reconoce sólo a Dios como tal. Por eso la humildad se contrapone a la idolatría de la propia voluntad, que es la esencia del pecado original, la fuente de todos nuestros pecados, en especial, el orgullo. Y la misma religión puede transformarse en un instrumento al servicio del orgullo.



Pietro Lorenzetti, Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, Basílica San Francisco de Asís, Italia

Y esto último nos lleva al Evangelio, en el cual Jesús da gracias a Dios porque ha ocultado su mensaje a los “sabios” y se lo ha revelado a los “pequeños”, los humildes. Los “sabios” no son aquí los que saben, sino los que usan sus conocimientos religiosos para engrandecerse a sí mismos, y se vuelven incapaces de recibir el verdadero conocimiento de Dios. Por el contrario, los humildes son los que no están llenos de sí mismos y, por lo tanto, son capaces de acoger el Evangelio, tienen docilidad (literalmente, aptitud para aprender).

A ellos, precisamente, Jesús dirige la frase central de hoy: “vengan a mí los que están cansados y agobiados...” Con frecuencia, se la interpreta en un sentido general, como referencia al agobio producido por las dificultades de la vida. Pero, su sentido auténtico es más específico. Jesús ofrece a sus discípulos un “yugo liviano”, en contraposición implícita a un yugo o carga pesados. ¿a qué se refiere?

“Yugo” era una metáfora habitual de los rabinos para referirse a la Ley de Dios. La pieza de madera que se colocaba en el cuello de los bueyes para arar ilustraba la actitud del creyente que inclinaba su cuello (es decir, doblegaba su orgullo) para someterse libremente a Ley de Dios, para abrazar la obediencia a Dios. Por eso, el yugo de la Ley no debía ser una esclavitud, al contrario, una liberación: la libertad que se consagra al bien y la verdad es en una libertad auténtica, que libera; en cambio, si permanece indefinidamente “abierta” se transforma en una libertad falsa, anárquica, que esclaviza.

Los maestros de Israel habían convertido la Ley en un yugo pesado, multiplicando al infinito las observancias, para utilizarla como instrumento del propio orgullo. Esto es lo que imputa el mismo Jesús a los escribas y fariseos: “Atan pesadas cargas y las ponen sobre los hombros de los demás, mientras que ellos no quieren moverlas ni siquiera con el dedo”; “¡escribas y fariseos hipócritas, que cierran a los hombres el Reino de los Cielos! Ni entran ustedes, ni dejan entrar a los que quisieran” (cf. Mt 23,4.13). La Ley de Dios se transformaba en algo que sólo unos pocos lograban conocer y cumplir, constituyendo una pequeña élite espiritual y empujando a los demás a la desesperación.

A todos los que se sentían agobiados por esa doctrina inhumana, Jesús les promete el “alivio” y el “descanso” de su “yugo liviano”, su propia enseñanza. El Evangelio es un yugo liviano no porque sea más fácil de cumplir que la Ley antigua; al contrario, es mucho más exigente. Baste recordar el Sermón de la Montaña (Mateo 5-7) con sus exhortaciones al perdón, a la pureza del corazón, a “poner la otra mejilla”, a amar a los enemigos, etc. Sin embargo, es un yugo liviano porque no se trata de cargarse las espaldas con una infinidad de observancias, sino de aprender una sola cosa: aprender del corazón de Jesús.

El corazón de Jesús es el centro vital de su persona, su actitud fundamental ante Dios. Jesús es “manso y humilde de corazón”, porque está consagrado a cumplir la voluntad de Dios, renunciando a la propia voluntad. Su mansedumbre contrasta con la agresividad y la violencia que brotan de la ansiedad de defender el propio yo y satisfacer sus pretensiones. En la medida en que aprendemos de la humildad y la mansedumbre de Jesús, las exigencias del Evangelio se nos vuelven connaturales: una vez que renuncio a poner en el centro mi propio yo, puedo superar la regla de la estricta equivalencia (trato a los demás como me tratan a mí) y puedo tomar la iniciativa del amor: perdonar, poner la otra mejilla, amar sin exigir retribución, etc.

En resumen, la humildad no es sólo modestia. Es la virtud central del creyente, su decisión de comprometer radicalmente su vida y su libertad en el cumplimiento de la voluntad de Dios, lo que Juan Pablo II llamó la “elección fundamental” de nuestra vida. No hay nada que nos agobie tanto como correr detrás de las demandas tiránicas de nuestro ego. Hasta la religión puede convertirse en una trampa egocéntrica: el orgullo, cuando cumplimos, y la desesperación cuando no lo logramos (en ambos casos, la referencia no es Dios, sino nuestro yo).

Jesús nos propone un camino muy distinto: ser humildes de corazón como Él, renunciar a las pretensiones de nuestro ego y liberar nuestras energías para consagrarnos con todo nuestro ser al proyecto de Dios. Sólo entonces hallaremos el verdadero “descanso para nuestras almas”.

P. Gustavo Irrazábal